

## ÍNDICE

1.- El nacimiento de lo peligroso .....	9
2.- Insensible y lánguida progresión de la intriga .....	25
3.- Así empezaron las cenas.....	43
4.- Difícil acomodo a la nueva situación.....	61
5.- Un alto en el camino .....	77
6.- Alba, mi solo amor .....	95
7.- Paseo por el borde del abismo .....	113
8.- Lógico final del azaroso camino emprendido .....	131
9.- Miércoles, 27 de junio. San Cirilo de Alejandría.....	153
10.- Viaje hacia un sueño de libertad .....	171
11.- Sintra, a Glorious Eden.....	187
Censo de personajes para ayuda del autor .....	203



A PESAR DE LA MAYOR COMODIDAD de las guardias de especialidad, muchas veces Alba echaba de menos las otras, las "de puerta", las generales, las que había sufrido y de las que había disfrutado en su etapa de residente, R1 y R2, en el hospital de Barcelona. Entonces empezaba a ser médico, empezaba a tener responsabilidades, empezaba a volar sola. El equipo, que únicamente se formaba para las guardias cada cinco días, era siempre el mismo y estaba compuesto por un médico adjunto de Medicina Interna, Joan Costa, y tres residentes de diferentes especialidades que en aquellos momentos rotaban por los distintos servicios de Medicina: Alba, de Hematología, Isaac —Isaquito como empezó a llamarle cariñosamente Susan, una estudiante que acudía con asiduidad a esas guardias—, de Endocrinología y César, de Neumología. La dirección de ese equipo —dirección exclusivamente de gestión, no asistencial— la ostentaba un Jefe Clínico, uno de los cuatro que junto con el Jefe del Servicio componían el Servicio de Urgencias.

La misión del equipo de guardia era atender a todos los enfermos que se presentaran en el hospital con un problema de salud. Daba igual que se tratara de una apendicitis que de una cefalea o de un brote psicótico: la anamnesis, la exploración, las pruebas de imagen y los análisis básicos corrían a cargo del equipo de puerta que desbrozaba el terreno para luego aplicar el tratamiento oportuno, dar el alta al domicilio o encaminar al paciente al especialista adecuado. Los enfermos se asignaban por riguroso turno a los residentes, quienes eran los que establecían el diagnóstico, las pruebas complementarias y el tratamiento y luego comentaban el caso con el adjunto, último juez de apelación sobre el destino del enfermo.

Alba no podía olvidar a la primera paciente que tuvo que atender en solitario. Era una mujer de unos cincuenta años que apareció en Urgencias a las cuatro de la madrugada. Era el turno de Alba, los demás estaban descansando en las habitaciones de guardia, de manera que ella la recibió: intenso dolor en la zona lumbar izquierda que irradiaba a la zona inguinal del mismo lado y que había comenzado varias horas antes de forma brusca. Hematuria leve, dificultad y dolor en la micción con expulsión de arenillas, febrícula, náuseas,

vómitos y ligera sudoración. —Esto es mucho peor que un parto y llevo dos —decía la paciente—. Constantes vitales normales. Puñopercusión positiva +++. Exploración abdominal normal. Exploración por aparatos también normal. Ligera leucocitosis con leve desviación a la izquierda. Resto de la analítica normal. En la placa de abdomen aparecía en la zona correspondiente al uréter izquierdo una imagen sólida de unos 8 mm de diámetro, que podría ser compatible con un cálculo de carbonato cálcico.

Con estos datos la doctora Zamora enseguida hizo el diagnóstico de cólico nefrítico y aplicó el tratamiento adecuado, hidratación con suero fisiológico, analgésicos y relajantes de la musculatura lisa. No tuvo ninguna duda para llegar al juicio correcto, no tuvo ninguna duda para emplear el tratamiento más conveniente. Sin embargo, tenía la inseguridad de ser la primera enferma a la que atendía sin el escudo de otros compañeros con más experiencia. Por ello, durante toda la noche, hasta el relevo de la guardia al día siguiente, se sintió obligada a pasar por el cubículo de la paciente cada pocos minutos para preguntarle cómo iba, si se le pasaba el dolor, si descansaba... ante la mirada irónica y los comentarios burlones de las enfermeras de ese turno y luego los de sus compañeros, mucho más bregados en estas lides.

A PESAR DE LAS SONRISITAS SARCÁSTICAS con las que sus compañeros la habían obsequiado, Alba había logrado integrarse a la perfección en ese equipo de guardia de puerta. Formaban una piña poderosa a la que se habían añadido muchos otros piñones externos: médicos asistentes voluntarios, estudiantes de Medicina —Susan se contaba entre los más conspicuos— y de Enfermería y otras personas relacionadas con la Sanidad que no querían perder la oportunidad de aprender, a la vez que disfrutaban de la camaradería y del clima de confianza que reinaba en esas guardias. Es más, los jefes clínicos que componían el Servicio de Urgencias procuraban hacer coincidir su guardia con "el equipo de Joan Costa" que nunca ocasionaba problemas y en el que se podía confiar con los ojos cerrados. Incluso aunque organizaran pequeñas bromas destinadas a los miembros del Servicio de Urgencias —es decir, a sus jefes cuando estaban de guar-

día—. Una de las más sonadas ocurrió una noche en que los cinco miembros de dicho Servicio de Urgencias habían ido a cenar a un restaurante de campanillas.

El Jefe Clínico de esa guardia era Antonio Borrás. Era un hombre vital, animoso, interesado en todo, siempre sonriente y siempre dispuesto a hacer un favor. Le gustaba comer, beber y fumar. Disfrutaba en la ópera —fan de Leontyne Price—, en los toros —fan de Paco Camino—, en todos los conciertos de música clásica —fan de J. S. Bach, sobre todo del concierto de Brandenburgo nº 2 en Fa Mayor— y con las bandas de pop/rock —fan de The Moody Blues—. La misma satisfacción le producía ir al cine a ver *Luis II de Baviera (Ludwig)*, de Luchino Visconti, que *El discreto encanto de la burguesía*, de Luis Buñuel. Gozaba lo mismo de una partida de mus que de una partida de caza. Precisamente el día anterior había salido al campo y había logrado media docena de hermosas perdices que había llevado a un restaurante especializado en caza para que las aderezaran convenientemente con el ánimo de invitar a sus cuatro compañeros del Servicio.

—Bueno, chicos, aquí os dejamos. Nosotros nos vamos a cenar. Supongo que no habrá ningún problema, pero si ocurre algo grave nos llamáis por teléfono, el restaurante no está lejos.

—Muy bien, podéis ir os con tranquilidad. Y no os preocupéis, aquí estaremos cuando volváis —Respondió Joan Costa.

Una vez que el equipo de guardia quedó a solas, Isaac no pudo por menos de hacer un airado comentario: —¡Qué cabrones! Por lo menos nos podían haber invitado aunque fuera a una copa de vino...

—No os preocupéis —repuso César—, se me ha ocurrido algo...

—A ver.

—Cuando estén en medio de la cena podemos llamarlos para decir que hay algún problema en la guardia.

—¿Qué problema? ¿Que se ha incendiado el hospital?

—¡No, hombre! Algo menos grave.

—Entonces ¿qué?

—Que ha habido un accidente de un autobús y hay treinta heridos.

—No seas bruto, eso es una barbaridad.

—Pues entonces... ¿qué?

—Que ha ingresado Dalí.

—Eso no se lo creen ni de coña. Tiene que ser algo no muy grave y más o menos creíble. ¡Qué sé yo! Algo que les inquiete, que les obligue a venir sin que sea una cosa horrible.

—¡Y a sé! que han traído al alcalde con una apendicitis perforada.

—Tampoco se lo van a creer.

—Es una buena idea. —Habló Costa—. Pero no el alcalde, sino mucho mejor, el general Eliseo Martos.

—¿Quién es ese?

—El Hospital se mantiene gracias a una fundación dirigida por un patronato compuesto por tres entidades: el Ayuntamiento —el alcalde—, la Universidad —el rector— y la Diputación —el presidente—. En el patronato el presidente de la Diputación ha delegado la representación en el general. Es un hombre ya muy mayor. Podemos decir que ha ingresado con un ictus y que esto está lleno de policía y de autoridades, que va a venir el alcalde, el gobernador...

—No sé yo si tanta personalidad...

—Podemos eliminar al gobernador.

—No está mal la tramoya. ¿Qué os parece? ¿Lo intentamos?

—Por mí sí. ¿Y vosotros?

Todos estuvieron más o menos de acuerdo, pero en ese momento surgió una dificultad: ¿Quién le ponía el cascabel al gato? ¿Quién iba a llamar por teléfono?

—Tiene que ser Joan, que es el adjunto.

—Ni hablar. A mí me conocen de sobra y si soy yo el que llama no se lo van a creer de ninguna manera. Isaac tuvo la idea.

La pelota fue pasando de mano en mano sin que ninguno de los cuatro jugadores se atreviera a tirar a puerta. Por fin, después de mucho porfiar, convencieron a Alba, que fue la que opuso la menor resistencia y en la que todos confiaban por haber dado muestras de sus excelentes dotes interpretativas en otras ocasiones. Una vez determinado que ella iba a ser la actriz, todos se afanaron en escribir el guión. Les oca-

sionó copiosísimos sudores y muy maduras reflexiones pero al cabo todos quedaron satisfechos del resultado. Una vez memorizado, Alba se acercó al teléfono con determinación y llamó al restaurante.

—Buenas noches. ¿Pueden avisar, por favor, a alguno de los médicos que están cenando ahí? Es un grupo de cinco personas.

—¿De parte de quién, por favor?

—De la doctora Zamora.

—Enseguida les aviso. No cuelgue.

Tras unos momentos de espera, en los que los componentes de la intriga apenas podían contener la risa, contestaron desde el restaurante.

—Dime, Alba, soy Augusto Anguita.

—Oye, Anguita, dile a Antonio Borrás que tiene que venir enseguida. Es urgente. —Voz atropellada, apremiante, temerosa.

—Pero ¿qué pasa, mujer? ¿Qué es eso tan grave?

—Muy grave. No sé si no tendría que venir también Millá.

—Pero ¿qué pasa?

—Que ha ingresado con un ictus el general Eliseo Martos. Esto está lleno de militares, policías, algún periodista...

—¿Quién es el tal general? No me suena.

—A mí tampoco me sonaba. Al parecer es miembro de la Junta del Patronato del hospital. El representante de la Diputación. Vamos, la tercera pata de la Junta.

—¡Joder! ¿Lo dices en serio?

—¡Claro que lo estoy diciendo en serio! —La voz de la doctora Zamora sonó indignadísima— ¡A ver si no por qué iba yo a llamar! Espera, espera, que no sé qué me están diciendo... —Carcajada general que obliga a tapar el micrófono.— Que acaba de llegar el Porcioles, el alcalde.

—¿También ese?

—Sí, también. Dile a esos dos, a Antonio y a Pepe Millá, que vengan rápido a controlar la situación.

—Vale, ahora mismo. Ya se nos ha jodido la cena.

Una atronadora salva de aplausos sacudió las paredes de la sala de guardia cuando el clic del teléfono al ser colgado cerró la magnífica actuación de Alba.

—¡Genial, Alba, has estado genial!

—¡Qué maravilla! Eres una actriz extraordinaria.

—Lo has hecho tan bien que casi lo he creído yo.

Abrazos, sonrisas, miradas de incredulidad y de satisfacción se difundieron entre todos los presentes que no eran solo los creadores del enredo, sino también las enfermeras, los celadores, los asistentes voluntarios y los estudiantes que se habían enterado de lo que estaba por venir.

Pasado ese momento de euforia, siguieron las actividades normales de la guardia a la espera de que llegaran los inocentes que habían caído en el garlito. Sin embargo, pasaba el tiempo, pasaban los minutos, que se convirtieron en horas, y no aparecían. Por fin, hacia la una de la madrugada, sonrientes, sonrosados y levemente achispados, llegaron los cinco miembros del Servicio de Urgencias, Millá, el Jefe del Servicio, y los cuatro jefes clínicos: Borrás, Munné, Anguita y Mijares. El primero que habló fue, lógicamente, Pepe Millá, quien, irónico, preguntó:

—¿Dónde está el general Martos? Lo digo porque me acabo de encontrar con el alcalde, que iba de retirada, y me ha dicho que se ha recuperado espontáneamente y que se ha ido de alta ya... De hecho no veo por aquí ni militares ni policía... ¡Ah! Y el rector ¿se ha marchado también?

—Y otra cosa. —Ahora fue Antonio Borrás el que intervino. —¿Dónde está esa extraordinaria actriz, esa maravillosa Margarita Xirgu que arrasa en los escenarios y cuya aterciopelada voz cautiva a través del teléfono?

Alba, confusa, se sentía levemente avergonzada, a la vez que satisfecha al comprobar que su actuación había sido excelente y no había provocado malestar, sino solo admiración mezclada con cariño.

—Bueno, bueno, ya está bien de sarcasmos. Ya hemos visto que no os habéis tragado el anzuelo.

—No lo creas. Anguita sí que lo tragó. Después de hablar contigo volvió muy alterado, muy nervioso a la mesa y se empeñó en que viniésemos enseguida.

—Tampoco fue así la cosa. Yo al principio sí la creí, pero enseguida me saltaron las alarmas.

—No es verdad. Cuando nos comentaste el asunto todos nos reímos pero tú insistías en que tenía que ser verdad.

—Yo no insistí.

—¡Claro que sí! Incluso dijiste que tenía que ser verdad porque la Zamora es una mujer muy seria y que no iba a prestarse a una maquinación así.

—Bueno, el caso es que me convencisteis enseguida de que tenía que ser falso y no os presioné más.

—Es que tú, Augusto, no conoces todavía a esta gente. En asuntos de Medicina sí, pero en otras cuestiones... No te fíes ni un pelo de este equipo de guardia.